

Nuestro aporte, dice el padre Carlos Alberto, intenta sugerir algunos criterios éticos que puedan iluminar el mundo de lo político, servir de calibradores de ese quehacer político en el cual todos estamos implicados y del cual dependerá la búsqueda de la paz, en la coyuntura actual del país.

LA POLÍTICA, ese ejercicio tan trascendental y hermoso, no lo podemos dejar sólo en manos de los políticos. Esta convicción nos anima a aportar, desde una perspectiva Ética, al debate electoral que hoy anima nuestro país.

El **vacío Ético** del cual algunos han venido hablando últimamente, toca no solamente el mundo de las costumbres ciudadanas individuales o el mundo de lo económico, sino que sacude con mayor fuerza, el mundo de la política.

Todos sabemos del mundo de la burocracia, del clientelismo y de otras enfermedades endémicas que han azotado y lo siguen haciendo, el ejercicio político en nuestro país. Si algún espacio humano es susceptible de convertirse en espacio de **Negación Ética**, de amenaza a la vida, es justamente el espacio de lo político, porque es el espacio del poder.

El mundo de la política, sin derroteros Éticos, se ha convertido en el **hábitat de la mentira y del engaño**, de esas armas sutiles de muerte, generadoras, por lo demás, de violencia y agresividad, negación de la autonomía y de la dignidad de la libertad humana. He aquí una de las **lacras de nuestra política** nacional, donde se aprovechan de la "bondad", la ignorancia y las esperanzas de los más pobres e indefensos: Es la **demencia del poder** que ha llenado de cruces y cementerios la geografía humana mundial, donde las personas, los grupos y comunidades no son más que instrumentos al servicio de la **ambición de poder**.

Frente a esta realidad de **ofensa a la dignidad de la persona** humana, frente a este «**pecado**» político que destruye el valor de las relaciones interpersonales y sociales en aras del lucro y de la utilidad; donde el pueblo, las comunidades y grupos son «**los excluidos de siempre**», es necesario proclamar una "**Ética de la solidaridad**". Ética que no solo grite contra la utilización de las personas y de las comunidades, como simple trampolín electoral, sino que lo impida y se imponga el beneficio del bien común, los intereses populares y, especialmente, los intereses de los marginados y excluidos, **como centro** de la actividad y del manejo de la «cosa pública».

Es necesario **recuperar la dignidad del ejercicio de la política**, y urge hablar de una "**Ética del Amor**" y del "**Servicio a la Verdad**", como única manera de salvar el valor y la transparencia de ese quehacer político. Es **asumir el poder como servicio**, como ejercicio amoroso de la solidaridad, como fraternización con el pueblo. Fue esta la gran utopía de Jesús de Nazareth (Jn. 13, 1-17; MT 20,20-28).

Refrescante utopía que nos vendría bien activar en este período de desencantos ideológicos. Nuestra participación responsable y consciente en las jornadas electorales, genera la posibilidad, a soñar de nuevo, el sueño el Luther King y de tantos otros y creer que llegará ese día en el cual **¡los sueños, sueños no son!**